

Perfil del sacerdote

*“El sacerdote debe ser
grandísimo y pequeñísimo,
noble en el trato, como de sangre real
y sencillo como un **labriego.**
Un héroe que se ha vencido a sí mismo,
un hombre que se **ha batido con Dios**”.*

1.- Somos **grandísimos**, como el amor y la misericordia de Dios para el hombre. Nos ha dado poderes divinos, hacemos milagros como Él: la Eucaristía, el perdón de los pecados... ¡Qué alta estima debemos tener de Él sacerdote en nosotros sacerdotes! ¡Sólo el sacerdote ofrece al mundo el cuerpo y la sangre de Cristo! ¡Nadie perdona los pecados sino el sacerdote!

Esta desconcertante realidad hacía que San Francisco de Asís no quisiera oír hablar mal de los sacerdotes por muchos y grandes que fueran sus pecados, porque “**son – decía él – mis señores, los únicos que perdonan mis pecados y me dan el cuerpo y la sangre de mi Señor**”.

Cuando actuamos *in persona Christi* nadie hay más grande ni en el cielo ni en la tierra porque Él se identifica con mi yo sacerdotal, y el Padre y el Espíritu Santo están extasiados ante tan admirable intercambio de amor-confianza-misericordia: **El hombre** (sacerdote) **hecho Dios en Cristo** (Dios) **hecho hombre**. Y los ángeles desde el cielo aplauden y repiten agradecidos: ¡Gracias, gracias, gracias... sacerdotes, por la valentía y humildad de aceptar hacer de Cristo en la tierra para ofrecer la víctima pascual por vuestras debilidades y las del pueblo!

Si el mundo no nos entiende ni valora no caigamos en la trampa de depreciarnos también nosotros. Nos contemplan con infinito agradecimiento el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, María, la Iglesia y la humanidad de todos los tiempos que, aunque no lo sepa, nos necesita. También la creación entera nos “está agradecida” por convertir sus elementos (los del pan y el vino) en el cuerpo y sangre de Cristo. Necesitamos recordarnos estas realidades divinas para remontar el vuelo en tantos momentos de soledad, desánimo eclesial, sacerdotal, existencial.

Cada persona tiene sus tentaciones. Yo pienso que la peor tentación y caída del sacerdote es “devaluarse” ante la desproporción entre la misión encomendada por Dios, no a los ángeles, sino a él, un pecador más.

¡No pidamos explicaciones al Cielo. La respuesta quedará siempre en el misterio del amor misericordioso! ¡”Señor, yo creo pero aumenta mi fe”¡ ¡Que yo crea y espere en ti como tú crees y esperas en mí¡ ¡”Sé de quien me he fiado”¡

2.- El sacerdote debe ser **pequeñísimo**. No necesitamos muchos argumentos para demostrar que somos pequeños, pecadores. Nuestra carne y nuestro espíritu lo gritan, lo denuncian, Y para que todo esté completo algunos feligreses nos lo recuerdan, y de malos modos lo echan en cara. ¡Qué soledad... ¡“Busqué consoladores y no los encontré”¡ “Mi amigo del que yo me fiaba puso trampas a mis pies, me traicionó”.

Es una lucha continua por poner la santidad a la altura de la misión, y si a esto añadimos la batalla que el demonio tiene emprendida contra nosotros, nuestra vida puede convertirse en una bomba de relojería al acecho de horas bajas para explotar.

Pero hay un remedio eficaz y es hablar, comunicar todo con el amigo del alma. ¡Si no lo tienes búscalos! En la vida espiritual no hay peor enemigo que el **demonio mudo: ¡Tú calla, no consultes, puedes resolverte sólo..., de todos modos ese sacerdote – susurra el maligno - está igual que tú...!**

Es la fragilidad enfrentada con nuestro orgullo, con la imagen que tenemos de nosotros mismos. Podemos sentir tal desproporción entre la misión encomendada y nuestra vida que nos peleemos con nuestra sombra. **Entramos en combate con Dios** como Jacob con el Ángel. ¿Por qué a mí ahora esta persecución, fracaso, soledad, olvido, marginación de parte de...? ¿Por qué...? Podemos preguntar..., pero sigamos sembrando como el **labriego** sabiendo que la semilla nacerá y dará fruto. También a él le cuesta fatigas y sudores el cultivo de la tierra.

Paco Sánchez